

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 495

25 CTS

**E**  
**B**



**Paz**  
en las  
**alturas**

POR  
**Gina Manés**  
**Lars Hanson**





MOLANDER, Gustaf

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10-bis

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

Nº 495

*Synd, 1928*

## Paz en las alturas

*August*  
Novela de Strindberg

Intérpretes:

Gina Manés, Lars Hanson, ~~Elisa~~ Landi, etc. ©

*Producción Sueca*

*Elissa*

\* Título en inglés "SIN"

Ver: Screen "Series" Sweden 1: 155; 18,53,

Producción nacional

90, 221;

Distribuida por

111; 206

**Cinematográfica Almira**

Rambla de Cataluña, 46

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

JOE BILL

© The Great Marie Stars - LANDI/324



---

---

# Paz en las alturas

*Argumento de la película*

¡París! Una ventana encima de los tejados a la que sólo llegan la luna, la nieve y los fantasmas de los sueños... Tal era el palacio de Mauricio, dramaturgo por estrenar, bohemio de vocación, marido ejemplar y padre de un ángel.

Entre el arte y su familia distribuía los amores de su existencia. Su esposa Cristina era la musa del poeta, más conocedora de los ayunos que de las indigestiones. Cosía, zurcía, fregaba e inspiraba.

En vano cierta mañana procuraba el poeta torturar su imaginación creando nuevas estrofas. El ruido que armaba su hijita Marión le crispaba los nervios y se lo impedía.

—Calla, Marión, que papá hará los versos cojos y no se los comprarán—dijo sonriente la mamá.

Mauricio se levantó y paseó su mirada descorazonada por la boardilla. Luego fijóse en su traje viejo y en los zapatos deteriorados por largas caminatas.

—¡Prosa de la vida!—comentó—. Yo sueño para ti jardines de maravilla, Cristina... palacios de jaspe... y destrozas tus manos para que nada falte en el hogar.

—No te preocupes, Mauricio... Día llegará en que yo no tenga que zurcir ni arreglar la casa, pues con tu dinero viviremos espléndidamente.

Entró un muchacho con un paquete de ropa.

—Del encargado del Restaurante Azul — dijo—. Varios servicios de mesa para bordar.

—¡Muchas gracias, amigo mío!—contestó Cristina, aceptando una flor que el jovencito en nombre de su amo le donaba.

Luego Cristina dijo a su esposo con optimismo:

—¡No desesperes, Mauricio! Con ésto tenemos una semana de tranquilidad sin miedo a los ingleses que llamen a nuestra puerta.

—¡Me avergüenzo de mí mismo!... Ya que no aceptan mi drama y no puedo sostenerlos con dignidad, buscaré un empleo vulgar... ¡Pero es tan doloroso renunciar a los sueños de gloria!

—¡Ánimate!... ¿Y qué mayor gloria que un beso de nuestra hija?

Llenó Mauricio de caricias el rostro de la pequeña.



—¡Nuestra hija!... ¡La hija de los bohemios sin blanca!...—dijo—. ¡Valiente porvenir!... ¡Herederá de nuestra miseria, más le hubiera valido no haber nacido!

La nena, que sólo tenía tres años, no entendía aquellas razones y jugaba y reía con la dulce ignorancia de la infancia.

Mauricio asomóse a la ventana desde donde se distinguía el panorama magnífico de París.

Cerca, en otro sotabanco, vivía un amigo suyo, un tal Adolfo Vernie, también de la cofradía de habitantes de las alturas, pintor y escultor que empezaba a saber el valor de los billetes de banco y a comer cuantas veces se lo pedía el estómago.

Mauricio vió a su amigo que tenía la ventana abierta y que estaba pintando.

Le llamó alegremente:

—¡Pintamonas! ¡Adolfo!

Pero Adolfo, aunque le profesaba verdadera amistad, enfurecido por el insulto, bajó los visillos, y, sin ocuparse de su camarada, reanudó su labor.

Le servía de modelo Enriqueta Mauclerc, actriz aplaudida en la escena y cotizada en los cabarets, su modelo preferido por lo hermosa.

—Me parece que el vecino poeta te llamaba desde su jaula—le dijo Enriqueta que algunas veces había encontrado a Mauricio en el estudio y se sentía íntimamente interesada por la arrogancia y amabilidad del poeta.

—¡Que llame! ¡No me gusta perder el tiempo!

Ella sonrió y mirando un busto en mármol de Mauricio hecho por el escultor, apoyó:

—¡Tiene tipo de hombre inteligente!... ¡Parece interesante!... ¡Muy interesante!

—Es casado... y tiene una hija... De modo que no te preocupes de él... Y atención, que te estoy pintando.

Y siguió llenando de luz la tela blanca donde aparecía el rostro magnífico de la actriz.

Entretanto, en la boardilla de Mauricio, se recibía una acerta.

—¡Mauricio! ¡Tiembra!—le dijo su esposa—. ¡Una carta para ti!

—¡Válgame el cielo! ¡Será el ultimátum de la escuadra inglesa que nos bloquea!

Pero apenas hubo leído el escrito, rompió a reír y comenzó a saltar como un energúmeno, echando al aire los papeles y abrazando a la niña y a la esposa con arrebatos extraños.

—Señorita... su marido se ha vuelto loco—comentó la portera que le había subido la carta.

—No, no estoy loco, no lo estoy. ¡Mírame! ¡Contéplame, Cristina! ¡Admírame!... Tienes ante tus ojos a Shakespeare, Víctor Hugo y Molière... ¡Aceptan mi obra! ¡Es carta del empresario!... ¡Van a estrenar mi drama!

—Ya decía yo que vencerías. ¡Viva tu arte, Mauricio!

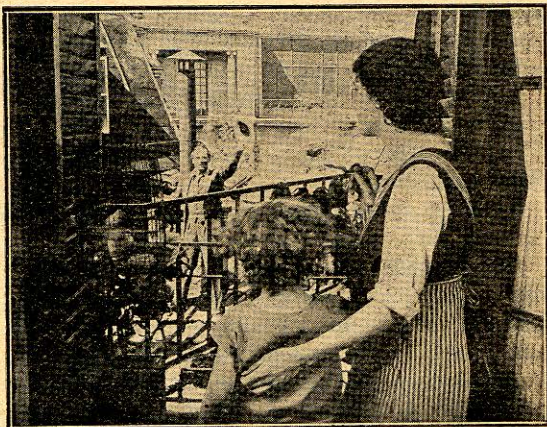
—¡Voy a decírselo a Adolfo!

Y saltando por el terrado llegó ante la ventana de Adolfo y entró tranquilamente, no sin antes producirse en el pantalón un desgarrón de mayor cuantía.



Enriqueta, al ver que alguien entraba en el estudio, corrió a ocultarse detrás de unos cortinajes.

De malísimo humor recibió Adolfo a su amigo.



—*¡Voy a decírselo a Adolfo!*

—¿Qué pasa?

—¡Límpiate las antiparras y prostérnate!... Estreno en el teatro de París. Lee...

Adolfo se enteró de la agradable noticia y comentó:

—¡Te felicito! Merecías eso... y más... Pero vete volando a firmar el contrato... Yo me quedaré aquí haciendo el boceto de tu monumento.

—Y además el del decorado...

—Todo se hará, pero déjame tranquilo.

—Antes de salir necesito que me arregles los deterioros del viaje.

—¡No entiendo!

—¿Tú crees que un poeta puede ir por el mundo como un trapero? ¡Mira qué desgarrón! ¡Es vergonzoso!

—¿Y yo qué voy a hacerle?

—¿Un hombre rico como tú se atreve a hablar así? ¡Bandido!... ¡Tú luciendo para estar por casa unos pantalones apoteósicos, no hay derecho!... ¡Abajo los pantalones!

Y quieras que no, le quitó los flamantes pantalones que se colocó a cambio de los estropeados.

Después de mirarse al espejo con elegante despreocupación, dijo:

—¡Hasta la hora del aperitivo en el Bar de mamá Catalina! ¡Hoy pago yo!

Y salió contoneándose alegremente.

Enriqueta, que ya se había puesto el traje de calle, dando por terminada la sesión, abandonó su escondite:

—¿Por qué no has salido a ver a mi amigo? —le dijo Adolfo.

—Ese muchacho me impresiona demasiado... Me voy en seguida... Necesito saber si me reservan algún papel en su obra.

Y envolviéndose en su bello abrigo partió, llevando en la imaginación el recuerdo del poeta que empezaba a triunfar.



\* \* \*

Mauricio habló con el empresario del Teatro París y firmó el contrato.

—Señor empresario... me han asegurado que en el mundo existen unos papeles llamados billetes de cien francos... ¿Podría facilitarme algunos para convencerme?—le rogó.

—Todos los poetas son iguales; sueñan con las musas y sólo piensan en el dinero... ¡Pase usted por la caja y le adelantarán un poco de gloria!

Le hizo un vale, que Mauricio, rebosante de dicha, fué a cobrar a la caja.

Al salir de la oficina topóse con una hermosa mujer a la que él conocía por haberla visto en casa de Adolfo... La actriz Enriqueta Mauclerc... Ella le envolvió en una de esas miradas definitivas, favorables, que acarician como besos.

Mauricio se turbó ligeramente, impresionado por la magnética belleza de aquella criatura. Pero no se atrevió a hablarla y salió corriendo, llevando en el alma el himno de gloria de su vivir.

Dirigióse al café de mamá Catalina, mujer ya vieja que vivió sin amor y que veía un hijo en cada bohemio... Con los cafés con leche que los artistas le debían, se hubiera podido inundar París.

Mauricio mostró a Catalina y a los compa-

ñeros de arte aquellos cinco billetes a cuenta de su triunfo. Pero la dueña del café, cuidadosamente se los quitó y los guardó en un cajón del mostrador.

—¿Qué hace usted, señora?—protestó el artista—. Ese dinero me pertenece. Y yo no le debo a usted más que treinta cafés con leche.

—Me los cobraré... Pero en mi cajón está el dinero más seguro que en tu bolsillo... Aquí siempre lo tendrá tu mujer... por si lo necesita... Yo conozco a los bohemios y sé lo derrochadores que son.

—Déme dos billetes al menos.

—Tómalos... pero no los gastes todos...

—¡Hoy convidó yo!... ¡Quiero celebrar mi triunfo!... Seré tan rico que voy a comprar a usted, mamá Catalina, un café en la Avenida de la Opera, para que esté más cerca de mi teatro.

Y gracias a la munificencia del bohemio afortunado, aquel día todos tomaron gratuitamente un buen aperitivo.

Adolfo era uno de los invitados y se alegraba sinceramente del éxito de su camarada...

Todo fué alegría... Y en el cafetín de los sueños la gloria coronó de entusiasmo a los bohemios locos.

Algo más tarde se presentó Enriqueta Mauclerc, la bella actriz, quien saludó cordialmente al autor y le dijo:

—Me han confiado la protagonista de su drama.

—¡Magnífico!

—Y ya me han dado el papel para estudiar...



Lo he leído... Es admirable. Pero deseo que me aclare el espíritu de mi personaje... El autor que lo ha concebido lo siente más que el director que monta la obra.

—¡Qué alegría tengo al saber que es usted la protagonista!... Al verla en el Teatro, deseé de corazón que fuese usted la elegida.

Los dos se sentaron a una mesa distante, y Mauricio, entusiasmado y feliz, explicó de manera diáfana a su amiga, la psicología de la mujer que debía interpretar.

Y ella, ante todos, comenzó a recitar su papel con tan bella entonación, con tan majestuoso canto, que Mauricio vibraba de júbilo.

—Pero, ¿yo he escrito eso?—dijo—. ¡Su palabra presta a mis versos una sonoridad que yo no soñaba!

—Me limito a interpretar la maravilla de poesía que hay en ellos—replicó Enriqueta mirándole con ternura.

Así pasó largo tiempo. Terminado el recital, Mauricio invitó de nuevo.

—¡Champaña para todos! ¡Que todos beban en honor de la excelsa recitadora!

Pero mamá Catalina en vez de champaña, trajo cerveza.

—¡Gastar en champaña un dinero que no has ganado todavía!—le dijo la bondadosa mujer—. Si te patean la obra tendrás que ir a la cárcel para pagar las deudas.

—Deme champaña. Tengo dinero. Lo exijo.

—No seas malgastador y límitate a beber cerveza... Esta cerveza, con un poco de ilusión, pa-

rece de la viuda Clicoq... ¡Esto les refrescará la sangre que ya les conviene después de excitarse tanto!

Tuvieron que resignarse a la bebida vulgar, y más tarde cuando mamá Catalina censuró a



—¡Champaña para todos!

Mauricio sus complacencias con la actriz, el joven autor le dijo:

—¡No sea suspicaz, mamá Catalina!... ¡Para mí esa mujer no es una mujer, es una intérprete!... ¡A las intérpretes se las admira, pero no se las quiere!

—No gastes muchas confianzas con ella, por si acaso.



—A mí no me conoce. Soy de roble.

—Los robles también caen.

La actriz se despidió finalmente hasta el día siguiente en que se volverían a ver en el teatro... Y Mauricio sintió una extraña emoción cuando ella le estrechó la suave mano... Un dulce y misterioso calor se transmitió por todas sus venas... ¿Por qué?

Entretanto, bien ajena a la fiestecita de su marido, Cristina había ido con su hija al Restaurante Azul a devolver parte de la ropa que acababa de bordar durante la mañana.

El dueño pagó su labor y estuvo muy deferente con Cristina y la nena Marión a quien obsequió con dulces.

—¡Qué lástima que usted no quiera convenirse de que es mucho más agradable usar estas servilletas que bordarlas!... ¡Si usted quisiera!...—le insinuó.

—Pierde el tiempo, amigo Martín... Me limitaré siempre a ser una bordadora.

—Allá usted...

Marchó Cristina con cierto orgullo simpático sintiendo deseos de decir al dueño del restaurante que en breve dejaría de bordar... por el único motivo de que Mauricio escalaría la cima cálida de la gloria donde se triunfa y se vive con esplendidez.

\* \* \*

Llegó finalmente el día del estreno. París apareció inundado de carteles que decían:

*Teatro de París.*

*Hoy, Enriqueta Mauclerc, en "La Mujer Apasionada", de Mauricio Gerard.*

Mauricio, nervioso ante la inminencia del estreno, se ponía su frac, ayudado por su buena mujercita.

Ella le hizo el lazo de una corbata que acababa de comprarle en una tienda del barrio.

—Es deliciosa y te servirá para muchos estrenos—le dijo.

—Gracias por el regalo, Cristina.

—El comerciante me dijo que así las usa el presidente de la República.

Mauricio se limitó a sonreír y contempló con cierto orgullo la corbatilla. ¡No estaba mal!

Manón corrió a admirar a su papá, a quien nunca había visto tan elegante.

—¡Y qué guapo está mi papáito!—dijo con ingenuidad—. ¡Parece uno de los muñecos del escaparate del bazar!

—¡Adiós, adiós!—dijo Mauricio besando a su esposa y a la nena.

—Ya nos veremos en el teatro—agregó Cristina—. Y ten fe en ti, Mauricio. No te azores al saludar... Tu éxito va a ser completo... Al salir comeremos con mamá Catalina.

—Sí..., sí... Hasta luego.

Y marchó, sintiendo que sus piernas le temblaban. ¿Lograría el éxito soñado o, por lo contrario, sus planes se derrumbarían con el estrépito inolvidable del primer fracaso?

Los días de ensayo habían iniciado una ínti-



ma amistad entre la actriz Enriqueta y Mauricio. Ella era la sirena insinuante, sugestionadora, que lentamente, sin que el mismo Mauricio se diera cuenta, le iba captando la voluntad y el espíritu.

Mauricio entró en el camarín de la primera actriz, ya vestida para salir a escena.

—En usted confío, Enriqueta.

—Por mí no quedará... ¡Pero no tema nada! Será su gran noche de triunfo.

—¡Ojalá acierte!

—Pero, ¿quién le ha puesto esa corbata de camarero de provincia? Por Dios, se la voy a quitar ahora mismo... Carmela—añadió dirigiéndose a una doncella — traiga una corbata de caballero.

La criada volvió al cabo de pocos instantes con una elegante corbata que había ido a buscar al cuarto de un actor.

No se atrevió Mauricio a confesar que había sido su esposa la que le comprara la corbata de mal gusto y, sin protestar, toleró que Enriqueta se la quitase y que le pusiese aquella otra, de lazo más artístico y fino... Tuvo el escritor que reconocer que Enriqueta tenía gusto más depurado que la pobre Cristina.

Apareció un empleado.

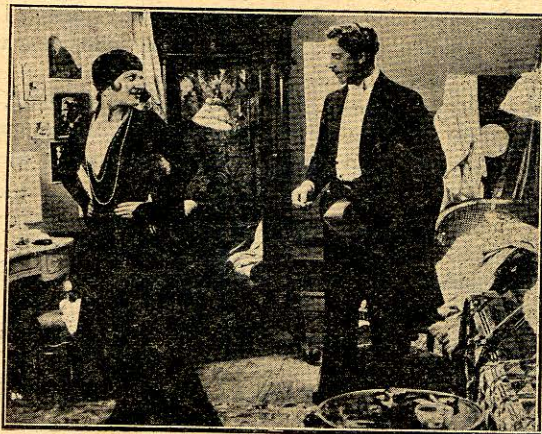
—¡A escena, señorita Enriqueta! ¡Voy a levantar el telón!

Corrió la joven a las tablas, y empezó la representación.

La sala estaba imponente, pero desde las primeras escenas la gallardía de los versos y la in-

terpretación insuperable de la protagonista, se adueñaron de los espectadores, forjando un éxito definitivo.

Los nervios estaban en tensión. Las rotundas estrofas, bellamente declamadas, iban derecha-



—En usted confío, Enriqueta.

mente a la sensibilidad de la multitud. Y en las galerías altas tres corazones agradecían al cielo el milagro del triunfo. Eran los de Cristina, Alfredo y mamá Catalina.

Terminado el primer acto, resonaron ovaciones delirantes y el autor tuvo que salir a escena varias veces.



En el entreacto, Cristina acompañada de sus amigos se levantó dispuesta a ir al escenario.

—¡Vamos a felicitarle!... ¡Estará tan aburrido, el pobre, sin nosotros!

Pero Mauricio, loco de júbilo, se encontraba en el camarín de la actriz, diciéndole emocionado:

—Todo el éxito se lo debo a su manera magistral de recitar.

—Es usted muy bueno conmigo..., mucho...; pero sin su arte, sin su sublime inspiración, mi trabajo no sería nada—contestó modestamente.

Mientras tanto, la confiada esposa y sus amigos pretendieron pasar al escenario, pero un portero les prohibió la entrada, pues había orden terminante de impedir el paso a todo el mundo.

Cristina dió entonces al portero una magnífica rosa que llevaba en el pecho y dijo:

—¡Entréguesela al autor!... Dígale que es de... una mujer que le quiere mucho.

—Así lo diré.

El portero fué al camarín donde seguían platicando íntimamente el famoso actor y la actriz maravillosa.

—¿Qué pasa?—preguntó ésta, arrugando el ceño.

—Una señorita muy emocionada me entregó esta rosa para el señor Gerard.

—¡Ah, bien!

Sospechó que era la esposa de Mauricio quien la enviaba, y un poco celosa acercóse a Mauricio y le mostró la blanca flor.

—De una admiradora de usted... Una de tantas...

Mauricio tuvo la certeza de que aquella flor se la mandaba su mujer y fué a cogerla. Pero cuando iba a hacerlo, Enriqueta la dejó caer en tierra como al descuido, y también, como si fuese de un modo involuntario, la pisoteó con su breve y firme pie.

—No se apure—le dijo, riendo, viendo la turbación del poeta—. ¡Tengo una rosa todavía más bella para usted!

Y ella misma le colocó en el ojal otra olorosa flor y contemplando fijamente a Mauricio, en silencio, le acercó los labios, entreabiertos y encendidos como la más bella tentación... Y Mauricio, deslumbrado por aquella mirada de amor y aquella boca seductora, abrazó a la actriz, y sus labios se fundieron en un largo y victorioso beso...

El arte parecía unirles, y ante Mauricio aquella mujer tenía un prestigio más grande, más encantador que la pobre Cristina, esposa y madre humilde y bondadosa.

Iba a comenzar el segundo y último acto. Enriqueta fué a las tablas y el éxito más rotundo acompañó también su interpretación así como la obra.

Tuvo que salir el autor a recibir los aplausos delirantes del público.

Cristina, emocionada, le vió con aquella rosa blanca que ella creyó que era la suya.

—¡Adivinó que era mía!—dijo a mamá Catalina—. ¡Por eso se la ha puesto!



¡Pobre ilusión!

Mauricio, radiante, no veía apenas a nadie y las lágrimas le velaban casi los ojos ante aquel éxito que le abría las puertas de la fama.

Tuvo que salir a saludar más de diez veces y luego en los pasillos rechazó a los numerosos admiradores que le aclamaban, contentos de que Francia contase con una nueva lumbrera.

Había en su alma algo mejor aún que el placer de la gloria: estaba la aventura, la aventura que le enloquecía, los labios de aquella maravillosa actriz que le brindaban amor.

Fué al camarín de ella. Se besaron de nuevo largamente... La artista se puso un traje de calle y salió con Mauricio por una puertecilla, esquivando a los numerosos admiradores que pretendían ovacionarles.

Para los amantes no había ya mayor recompensa que su amor. Y subiendo a un automóvil se dirigieron a un restorán para cenar en la intimidad, deseosos de tener para sí todo el resto de la noche.

Tan ciego de pasión iba aquel hombre por la mujer que creía le había dado la gloria, que olvidó la cena que tenía encargada en casa de mamá Catalina.

Enriqueta y sus amigos quisieron ver a la salida del teatro al triunfador, pero era tanta la gente que se aglomeraba ante la puerta principal, deseosa de tributar nuevos aplausos a su ídolo, que optaron por marcharse y esperarle en casa de Catalina.

El modesto restorán estaba desierto y cerra-

do. Los camareros habían puesto ante la puerta un cartel que decía:

*Hoy no se admiten parroquianos. Está reservado el local para la cena del poeta Mauricio Gerard.*

Fueron apareciendo los amigos del autor que aguardaban ansiosos la llegada del homenajeado.

Pero pasaron las horas y la cena tuvo que suspenderse... Y Cristina, sin poder comprender a qué obedecía la misteriosa ausencia del amado, lloró amargamente, sin que las buenas palabras de Catalina y de Alfredo la calmaran.

¡Ay, casi comenzaba a abominar de la gloria!... A su aparición, ya Mauricio faltaba a un compromiso con su mujer.

Y regresó a su casa bajo la preocupación de una deslealtad que ella no creía merecer.

\* \* \*

El primer éxito había traído, pues, una primera locura. Enriqueta y Mauricio, abstraídos de todo el mundo, cenaban opíparamente en la terraza de un restorán, viviendo las horas maravillosas de la alegría.

De vez en cuando se besaban y ella le decía: —¡Eres mío! ¡Tú eres el poeta creado por mi alma de artista!

Pero de repente empezó a descargar una terrible lluvia, seguida de un intenso vendaval.

Mauricio y su amiga abandonaron el restorán.



y bajo un paraguas que les prestaron abandonaron la abierta terraza.

Arreciaba la tempestad y aunque procuraban ir arrimados a las casas, esta precaución, ni la del paraguas, bastaban para librarles del chubasco.

Llegaron por fin ante una elegante casa cuyas puertas estaban entornadas.

Ella quiso entrar.

—No entremos—le advirtió él—. Esto parece un palacio... Nos van a tomar por ladrones.

—¿Qué importa ello? Cometamos esta noche toda clase de locuras. ¿Qué importa todo si nos amamos?

Y a pesar de los recelos del autor entraron en las estancias desiertas, en penumbra.

Llegaron a un cuarto suavemente iluminado por la luz de los reverberos de la calle.

Se abrazaron y besaron suavemente... Alguien dió la luz y les sorprendió en la caricia.

Los jóvenes, un poco avergonzados, contemplaron al recién llegado, un caballero amable, de aspecto comprensivo, cordial.

—Usted perdone—dijo Mauricio.

—¡Oh, cosas de la juventud! ¿Desean ustedes cenar?

—Ignoro dónde estamos... Llovía y para resguardarnos entramos aquí...

—Están en el Restorán Azul.

—¿En un restorán? ¡Qué casualidad!—dijo Enriqueta—. Tráiganos champaña.

El dueño les hizo servir el dorado vino y luego cerró la puerta del reservado.

Las flores del buen amor se mustiaron... Mauricio besó de nuevo a aquella mujer... Era suya, suya por entero...

Pasaron horas. Y así les sorprendió la madrugada...

Y en la quietud de aquella hora, las rotativas lanzaban al mundo la gloria del nuevo poeta.

Un muchacho pregonaba por la calle el diario...

Mauricio se asomó al balcón y adquirió el ejemplar, leyendo entusiasmado la relación de su éxito. Ella, para quien había también fervorosos elogios, desbordaba de contento.

Se hicieron servir el desayuno y aun platicaron largo rato hasta ya entrada la mañana.

—Nuestra felicidad sólo tiene la nube de no poder gozarla libremente—explicó él, entristecido.

—¡Nada hay imposible en la tierra!... Tú puedes separarte de tu mujer. Si tú quisieras... ¡Los dos juntos llegaríamos a ser los ídolos de París!

Mauricio lanzó un largo suspiro y se acercó al balcón. El sol había vuelto a encender la arena de los paseos, donde cantaban los pájaros y los niños... Unos chiquillos en la acera cantaban una canción popular. El autor se estremeció recordando a su hija. Su rostro adquirió de repente extraña gravedad, como ensombrecido por el remordimiento. Enriqueta pareció comprender lo que le ocurría, pues le dijo:

—¡No es tu mujer el obstáculo, no! ¡Es tu hija... tu hija!



—¡Tienes razón!

—Pues si tanto quieres a tu hija—le dijo despechada de que hubiera un poder superior al de ella—vete a su lado... ega te hará feliz.

—¡Mi Marión es lo único que me liga a mi vida pasada!

—Mi amor es egoísta y no puede partirse con nadie... ¡Si he de ser tuya, debes borrar ese obstáculo!

—No puedo..., no puedo... ¡Es mi hija!

Enriqueta se enfureció demostrando el fondo de crueldad que vibraba tras la belleza de su cuerpo.

—Vuélvete con esa mujer—dijo, indignada—. He sido una loca de fiarme de un hombre que no me quiere. ¡Qué desengaño! ¡No quiero saber nada más de ti! Anda..., padre de familia!

Y salió, exaltada y terrible, midiéndole con desprecio.

Mauricio quedó unos momentos inmóvil, pero no queriendo hacerse a la idea de perder a mujer tan apetecible y grata, marchó tras ella.

Enriqueta había partido ya. Y en el momento en que Mauricio iba a salir, topóse con su propia mujer que llevaba la ropa bordada para el establecimiento.

Quedó pálido, aterrado, como si le hubiesen sorprendido en un crimen.

Cristina, emocionada, había dejado caer en tierra el paquete. Acababa de ver salir a la actriz, y ahora la presencia de Mauricio le indicó claramente la falsedad, el engaño, el por qué de la ausencia de aquella noche.

—Cristina, yo... —dijo él, intentando excusarse.

—¡No intentes disculparte!—le gritó, sofocada por la indignación—. ¡Vete con ella! ¡Yo ya no soy nada para ti!... ¡Para ella la gloria!... ¡A mí me basta el recuerdo de cuando eras un hombre honrado!

Escuchó Mauricio aquellas palabras apenado, pero luego, seducido siempre por el recuerdo de la otra, dejó a su mujer, corriendo a la calle en busca de la que le robaba la tranquilidad.

Le vió Cristina partir y unas lágrimas le bañaron el rostro. Después recogiendo su ropa, fué al restorán donde estaba el dueño a quien entregó los bordados.

El propietario comentaba con el *maitre* la huída imprevista de aquellos tórtolos.

—¡Vaya un par de frescos los de esta madrugada!

Temblando, Cristina se atrevió a preguntar:

—¿Son los que acaban de salir?

—Sí, señora. Entraron como fantasmas y se escaparon sin pagar. Ella es una lagartona del Teatro de París, que tiene más amigos que conocidos.

—¿Y él?

—No le conozco. ¡Ah, qué gente! No sé si ensayaban un drama..., pero él decía: “Mi hija es un obstáculo...”, y ella respondía: “Los obstáculos se destruyen, las vallas se saltan...”, ¡y mil cosas más!

—¿Esto dijeron?

La madre, asustada, temió que le fueran a



arrebatarse a su hija y dispuesta a defender lo que era su más grande tesoro, salió velozmente para volver a su casa.

Poco antes, Mauricio había rondado por la calle en busca de la amada Enriqueta, quien le había aguardado también y acercándose a él le dijo con voz amable:

—Perdona mi egoísmo, Mauricio... Pero te quiero... Ven a mi palacio de las afueras... Allí nadie sabrá de ti.

—¡Yo quiero ver antes a mi hija!—dijo—. Te quiero a ti..., pero a la niña también, y necesito volver a verla antes de separarme de ella.

—¿Sólo quieres a tu hija?

—Sí—dijo, decidido—. Mi mujer ni me quiere, ni me ha querido, ni me ha comprendido nunca.

—Si es así no quiero detenerte... Ve a verla... Luego te esperaré en mi coche en el Restorán de la Avenida del Bosque de Bolonia.

Se separaron. Mauricio tomó un coche para ir a despedirse de su hija. Y Enriqueta, influída por una malvada idea, subió a otro coche y dijo sencillamente:

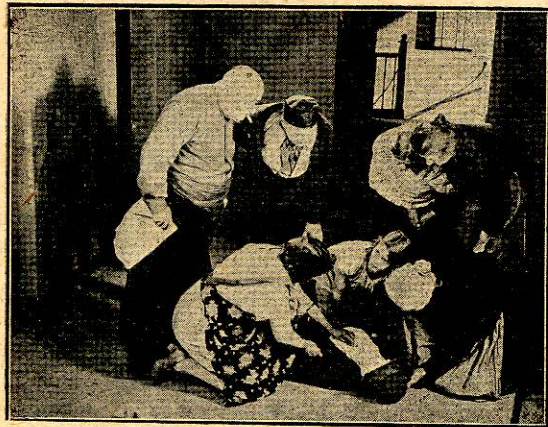
—¡Siga a aquel taxi!

\* \* \*

Cuando llegó Cristina a su hogar, encontróse con la terrible sorpresa de que había desaparecido su hija. Fué como si una espina se clavase en su corazón. No tuvo la menor duda de que

se la habían arrebatado su esposo y aquella mala mujer.

Cayó sin sentido al suelo, y, al recobrase, la portera le dijo que había visto subir a una



*Cayó sin sentido al suelo...*

señora que parecía ocultarse. Otra vecina dió detalles preciosos.

—Yo estuve con su nena de usted hasta que llegó su esposo... El, con una severa mirada, me obligó a marcharme... Luego vi que su marido con la niña en brazos salía del portal.

—¡Ah, me la han quitado!—gemía la madre—. ¡Y es por culpa de esa cómica, de esa maldita cómica!



—¡No hay cómica buena!... ¡Como que hacen tantos dramas sólo piensan maldades!—declaró otra vecina.

—¡Hija mía..., hija mía!

Los vecinos acompañaron a la desolada madre a la jefatura de policía donde ella presentó una denuncia contra su esposo y Enriqueta acusándoles del rapto de la niña. Y tanta prisa se dió la policía en detener a los acusados, que una hora después, en el propio Bosque de Bolonia, la enamorada pareja se veía sorprendida por unos agentes, quienes con toda cortesía les obligaron a seguirles al juzgado.

Allí estaban ya Cristina y los vecinos, en espera de los acontecimientos.

Los dos amantes no parecían comprender... Mauricio miró a su esposa, pero ella le volvió con desprecio el rostro. ¡Miserable!, ¿qué había hecho de la niña?

El juez tomó la palabra:

—Mauricio Gerard, escritor, y Enriqueta Mauclerc, actriz: se les acusa de secuestro o asesinato de la niña de tres años Marión, después de plan premeditado, según dicen varios testigos.

—¡Esto es una infamia!—protestó el padre—. ¡Yo nada sé de su desaparición!

—¡Yo tampoco!—respondió, pálida y tranquila, la actriz.

—¡Silencio! Empieza el desfile de testigos.

Declaró la vecina que había estado con Marión hasta que fué el padre a buscarla. Aseguró que había visto salir a Mauricio con la niña en brazos, y que parecía como si se ocultase.

—Miente..., miente—rugió Mauricio.

—No me interesan sus disculpas—dijo el juez al escritor—. Responda categóricamente. ¿Es cierto que fué usted a ver a su hija? ¿Sí o no?

—Sí, la fuí a ver—acabó por confesar.



*Los dos amantes no parecían comprender...*

—¿Por qué motivo hizo usted esta visita con tanto misterio? ¿Por qué parecía ocultarse?

Declaró otro testigo, quien aseguró que había visto a Mauricio con la niña en actitud sospechosa como de hombre que va a cometer un rapto.

—¡No es verdad!—protestó de nuevo Mauricio—. Todos los testigos falsean las cosas... ¡To-



dos tienen interés en hacerme reo de un crimen! ¡Es insensato! Es cierto que mi hija me siguió hasta la puerta de la calle..., pero entonces yo me marché solo y vi cómo ella volvía al portal.

—Mas, ¿por qué trataba de ocultarse tanto si no tenía usted malas intenciones? ¿Es pecaminoso, acaso, que un padre se despidiera de su hija?

—Temía que llegara mi esposa, a la que no quería ver—dijo fríamente, mientras Cristina bajaba la cabeza, anegada en llanto—. Mi hija se resistía a dejarme... Tal vez adivinaba mi emoción. Pero yo juro que la dejé en casa... Nada más tengo que decir, señor juez; sino que se me acusa de algo injusto.

—Bien... Ahora usted, señorita—dijo el representante de la ley a Enriqueta—. Va a responderme a una pregunta.

—Usted dirá—contestó la actriz, adoptando una actitud melancólica y estudiada.

—¿Qué hizo usted poco antes de reunirse con su amigo en el Restorán del Bosque de Bolonia, donde fueron detenidos?

—No sé... ¿Quién va a acordarse?—dijo palideciendo a pesar de su serenidad.

—¿No lo recuerda? Tal vez la portera le ayude a recordar...

Apareció la portera, quien aseguró y juró que había visto a la actriz subir poco antes misteriosamente las escaleras de la casa de Mauricio.

Aquella acusación alarmó a Mauricio, quien levantándose miró a su amiga con horror.

—¡Has sido tú!—dijo, asombrado—. ¿Eres

tú la que por egoísmo la has hecho desaparecer? ¡Ah, miserable!

Quiso agredirla, pero los guardias lo impidieron. Cristina, avergonzada y dolorida en su corazón maternal, lloraba, pronunciando el nombre de su hija.

—Ya que él me acusa, quiero decir toda la verdad—exclamó la actriz, serenándose.

—¡Hable!

—Fuí, efectivamente, a casa de Mauricio... Sabía que la niña era el único obstáculo a nuestro amor.. y deseaba llevármela conmigo... para ir a vivir los tres, lejos de París... Entré en la casa... pero la nena ya no estaba allí. Lo juro por lo más sagrado. Yo no conozco el paradero de la pequeña.

—No trate de eludir responsabilidades—le advirtió el juez—. Es usted culpable de un crimen monstruoso.

Apareció entonces un guardia quien dijo ceremoniosamente:

—Señor juez... Un hombre asegura que tiene que hacer una declaración importante...

—¡Que pase!

Ante la sorpresa general, entró un pescador llevando a una niña de la mano. Esta era Marión, la hija de Cristina y de Mauricio.

Corrió la madre hacia ella llenándola de tibios besos. También el padre la abrazó conmovido por volverla a encontrar.

—Encontré junto a mi barca del Sena a esta niña—explicó el pescador—. Me dijo que había escapado de su casa porque buscaba a su papá.



Despertó la muñeca y se echó en brazos de su papá...

—La nena me quiere..., mucho..., mucho... ¿No me querrás tú también?

¡Ah, qué iba a hacer aquel corazón de madre sino perdonar! Y otorgó un perdón amplio y generoso, confiando que nunca más al artista le sería infiel.

—Nunca más... Y Enriqueta no volverá a hacer mi obra... Buscaremos otra actriz... De ninguna me enamoraré... Tu recuerdo vivirá siempre en mí—prometió él.

Sonrió la mujer... Quería felicidad, calor de hogar... Y la paz y el amor volvieron para siempre a aquellas alturas de la ciudad de París...

FIN

Ha sido revisado por la censura

---

**Pida usted mañana en cualquier quiosco**

## **Los Grandes Films Mudos y Sonoros**

nueva publicación de **Ediciones Bistagne**,  
cuyo primer número contiene la novela

### **El Vals de Moda**

Film sonoro **Gaumont**

Precio: **50 céntimos**

---

Tipografía Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona